

La **vida**
matrimonial en
el Regnum Christi
Haciendo presente el Reino



REGNUM
CHRISTI

Índice

Introducción	5
Capítulo I El sacramento del Matrimonio	10
Capítulo II El sacramento del Matrimonio y el carisma del Regnum Christi	17
Capítulo III El estilo de vida del Regnum Christi y la vida matrimonial	23
1. La espiritualidad conyugal de un matrimonio del Regnum Christi	24
2. La formación en la vida de un matrimonio del Regnum Christi	29
3. El acompañamiento que se ha de ofrecer a los matrimonios del Regnum Christi	32
4. El ser apóstoles y la actividad apostólica en la vida matrimonial	34
5. La vida de equipo de los matrimonios del Regnum Christi	39
Oración a la Sagrada Familia	42

Introducción

Una respuesta a los signos de los tiempos

Son numerosos los desafíos que actualmente afrontan las familias (cf. *Amoris Letitia* 39-43). Por ello, una renovada evangelización debe partir de un atento análisis de estos retos, para mostrar con una nueva luz la belleza y el valor de la que San Juan Pablo II llamaba “*célula primera y vital de la sociedad*” (*Familiaris Consortio* 42).

El Regnum Christi desea sumarse a este reto pastoral. En los últimos años, en su seno han surgido iniciativas de muchos matrimonios de reunirse con otras parejas para ayudarse mutuamente a crecer en su vida conyugal, fortalecidos e iluminados por el carisma que comparten. Deseamos alentar estas iniciativas y comprometernos como institución a acompañarlos para profundizar juntos cada vez más la espiritualidad y misión del matrimonio. Este documento nace de este deseo de ayudar a las familias a vivir con mayor plenitud y alegría su vocación.

La presente reflexión se desarrolla en tres partes. En primer lugar, conviene que nos acerquemos al sacramento del matrimonio y a su gracia específica, pues esto ayudará a comprender mejor la identidad y misión de las parejas de casados. En segundo lugar, reflexionaremos acerca de cómo pueden iluminarse recíprocamente el sacramento del matrimonio y el carisma del Regnum Christi. Con este bagaje bajaremos a las repercusiones prácticas de todo lo anterior en la vida de los equipos, secciones y localidades.

En la elaboración de este documento se han tenido en cuenta los siguientes principios guía:

Partir de la Sagrada Escritura

A lo largo de todo el Antiguo Testamento se configura una historia de salvación, que pone simultáneamente en juego la participación de lo masculino y lo femenino. Los términos esposo y esposa, o también alianza, con los que se caracteriza la dinámica de la salvación, aun teniendo una evidente dimensión metafórica, representan aquí mucho más que simples metáforas. Este vocabulario nupcial toca la naturaleza misma de la relación que Dios establece con su pueblo, aunque tal relación es más amplia de lo que se puede captar en la experiencia nupcial humana (Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo, 31 de mayo de 2004).

El Matrimonio tiene un sentido trascendente y no se limita a cubrir las necesidades afectivas del hombre y la mujer a su paso por este mundo. La Biblia narra, de diversos modos y con distintas imágenes, la Alianza nupcial entre Dios y los hombres, entre Cristo y la Iglesia (*Catecismo de la Iglesia Católica* 1612), que culmina en la Encarnación. El matrimonio es nada menos que la imagen con la que Dios muestra su proyecto de salvación: *La comunión de amor entre Dios y los hombres, contenido fundamental de la Revelación y de la experiencia de fe de Israel, encuentra una significativa expresión en la alianza sponsal que se establece entre el hombre y la mujer (Familiaris Consortio 12).*

Una comprensión profunda de la realidad de ser hombre y mujer

La revelación de que Dios hizo al hombre “*a su imagen y semejanza*” (Gen 1, 27) abre un horizonte insospechado al significado de ser varón y mujer. Dios en su Trinidad es una comunión de personas —el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo— pues “*Dios es amor*” (1Jn 4, 8). Si Dios reflejó su imagen en el ser humano, eso significa que estamos hechos para amar, para entregarnos en cuerpo y alma y ser fecundos, a imagen de Dios mismo. San Juan Pablo II en su “teología del cuerpo” desarrolló admirablemente este pensamiento.

El sacramento del matrimonio en la Iglesia

La Iglesia mira a la familia como su modelo de referencia, pues “*la familia cristiana, cuyo origen está en el matrimonio, que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, manifestará a todos la presencia viva del Salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia*” (*Gaudium et Spes* 48). Más aún, la Iglesia se ve a sí misma, como una gran familia formada por todos los bautizados en la que cada uno, con sus dones y carismas, aporta su propia riqueza. Esta comprensión de la Iglesia como familia ofrece su fundamento a la comprensión que el *Regnum Christi* tiene de sí mismo como una “familia espiritual y cuerpo apostólico”, es decir, una realidad compuesta por diversas vocaciones, que viven en comunión, comparten una espiritualidad y se entregan a una misión común.

Una acción pastoral profunda al servicio del matrimonio y la familia

Todo lo anterior ayuda a comprender la afirmación de que el matrimonio y la familia constituyen la célula fundamental de la Iglesia, una “Iglesia doméstica” (*Lumen Gentium* 11). Se trata de una afirmación que tiene implicaciones muy concretas para la evangelización: todos los ámbitos de la pastoral, todas las orientaciones del apostolado deben tener como horizonte servir, acompañar y promover la familia cristiana. A esta verdad, en el Magisterio reciente de la Iglesia, se le ha dado el nombre de *transversalidad pastoral*:

“Transversalidad” significa que la pastoral de la vida conyugal no se limita al ámbito restringido de los “encuentros de novios”, sino que “atraviesa” muchos otros ámbitos pastorales y se tiene siempre presente en ellos. Esto evita una cierta división del trabajo pastoral en “compartimentos herméticos”, que disminuye su eficacia. Por otra parte, la pastoral infantil, la pastoral juvenil y la pastoral familiar deben caminar juntas, en sinergia (Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, Itinerarios catecumenales para la vida matrimonial. Orientaciones pastorales para las iglesias particulares, 12).

En la vida y misión del Regnum Christi hay un lugar especial para la vocación y vida matrimonial.

Estas reflexiones están acompañadas de una certeza: en el designio de Dios para el Regnum Christi hay un lugar especial reservado para los matrimonios. En efecto, el Regnum Christi no es sólo una espiritualidad y estilo de vida que ayuda a sus

miembros a vivir su vocación de hijos de Dios por el bautismo, sino que tiene algo específico que ofrecer y proponer a quienes se unen con el sacramento del matrimonio.

Por su parte, cada matrimonio miembro enriquece al Regnum Christi en su capacidad de entenderse como “familia espiritual y cuerpo apostólico”. En efecto, ser familia espiritual significa que hay una relación de enriquecimiento mutuo, de gracia compartida, entre las diversas vocaciones que la componen: sacerdotes, consagrados, laicos solteros y matrimonios. Y ser cuerpo apostólico significa que se comparte una misión y un modo de vivirla (cf. *Estatutos de la Federación Regnum Christi*¹ 8 y 10).

¹ En adelante EFRC.

Capítulo I

El sacramento del Matrimonio

Ante todo queremos presentar —basados en el magisterio de la Iglesia y a modo de grandes principios— una mirada de conjunto al sacramento del matrimonio, en particular a su identidad y su misión.

El matrimonio es un sacramento que especifica la gracia bautismal

Sabemos que Dios ha plasmado al ser humano a su imagen y semejanza. Esto significa que el hombre y la mujer alcanzan el pleno sentido de su vida del mismo modo que Dios, es decir, a través del don total de sí mismos en el amor. Este llamado inicia con el bautismo, el primero de los dones sacramentales de Dios, que nos confiere la altísima dignidad de ser hijos en el Hijo Jesucristo.

Cuando dos enamorados se comprometen, reciben un nuevo llamado para vivir su identidad bautismal de una manera concreta. A partir de ese momento seguirán viviendo “en Cristo”, pero ya no individualmente sino como “una sola carne”; seguirán a Cristo *en pareja* y expresarán una nueva presencia de Jesús a través de su unión matrimonial. En otras palabras, el matrimonio cristiano profundiza y especifica la vocación del bautismo y hace que los cónyuges se conviertan en presencia viva de Jesús ya no individualmente sino como pareja.

Entonces, ¿cómo podríamos describir la gracia propia de los esposos cristianos? La Iglesia enseña que el matrimonio tiene una doble finalidad: la unión de los esposos y la fecundidad que nace de su relación (*Catecismo* 1660), a imagen del amor de Cristo por la Iglesia, su Esposa, y del amor que une al Padre y al Hijo en el Espíritu.

*El sacramento del matrimonio significa la unión de Cristo con la Iglesia. Da a los esposos la gracia de amarse con el amor con que Cristo amó a su Iglesia; la gracia del sacramento perfecciona así el amor humano de los esposos, reafirma su unidad indisoluble y los santifica en el camino de la vida eterna. El matrimonio de los bautizados se convierte así en el símbolo real de la nueva y eterna alianza, sancionada por la sangre de Cristo. El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó (*Catecismo* 1661, *Familiaris Consortio* 13)*

*La relación fecunda de la pareja se vuelve una imagen para descubrir y describir el misterio de Dios, fundamental en la visión cristiana de la Trinidad que contempla en Dios al Padre, al Hijo y al Espíritu de amor. El Dios Trinidad es comunión de amor, y la familia es su reflejo viviente (*Amoris Laetitia* 11).*

Así, el sacramento del matrimonio dignifica y lleva a plenitud la capacidad de amar del hombre y la mujer, y les otorga la gracia de vivirla de un modo concreto.

El matrimonio cristiano recibe una consagración especial del Espíritu Santo

La vocación matrimonial es un don de Dios y los esposos no pueden vivirla sin la fuerza del Espíritu Santo. Él sostiene con su gracia el mutuo consentimiento, el sí que se dieron el día de su boda, y lo renueva cada día de manera que el amor de los esposos sea un reflejo de la relación entre Cristo y la Iglesia (*Catecismo* 1617). Es el don del Espíritu Santo el que los capacita para su nueva misión.

Al casarse, los esposos cristianos no comienzan sólo su aventura, incluso cuando se la entiende con sentido de santificación y misión; comienzan una aventura que los inserta de modo responsable en la gran aventura de la historia universal de la salvación. En cuanto memorial, el sacramento les confiere la gracia y el deber de recordar las grandes obras de Dios y de ser testimonio de éstas ante sus hijos; como actualización, les confiere la gracia y el deber de poner en práctica en el momento actual las exigencias de un amor que perdona y rescata al uno respecto del otro y con sus hijos; siendo profecía, les confiere la gracia y el deber de vivir y testimoniar la esperanza del encuentro futuro con Cristo (Juan Pablo II, Discurso a los delegados del Centro de Enlace, 3 de noviembre de 1979).

El matrimonio conlleva una misión

Cuando se dice que el matrimonio especifica, concreta el don del bautismo, se quiere decir que los esposos viven de una forma propia y original su participación en las tres funciones de Cristo, de ser sacerdote, rey y profeta (*Catecismo* 783-786).

Los esposos participan en la vocación sacerdotal de Cristo

Todo bautizado recibe la dignidad del sacerdocio común, que consiste en la capacidad de ofrecer la vida como acto de alabanza agradable a Dios. Los esposos consagran y ofrecen a Dios no sólo sus actos individuales, sino toda su relación de amor. La vida matrimonial de los bautizados se convierte así en un acto litúrgico continuo, porque toda ella da gloria a Dios. Esto *“tiene consecuencias muy concretas y cotidianas, porque los esposos, en virtud del Sacramento, son investidos de una auténtica misión, para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con que Cristo ama a su Iglesia, que sigue entregando la vida por ella”* (Amoris Laetitia 121).

Y dado que la entrega cotidiana de los esposos pasa también por el don de sí mismos en la unión corporal, el mismo acto conyugal adquiere un especial valor litúrgico y sacerdotal, que va más allá del significado de intimidad que tiene para los esposos. Por eso el lecho matrimonial puede ser considerado a todos los efectos un altar, un lugar donde se ofrece a Dios adoración y alabanza.

El sacramento no es sólo un momento que luego se convierte en parte del pasado y de los recuerdos, porque ejerce su influencia en toda la vida matrimonial, de manera permanente. El significado procreativo de la sexualidad, el lenguaje del cuerpo, y los gestos de amor vividos en la historia de un matrimonio, se convierten en una ininterrumpida continuidad del lenguaje litúrgico y la vida conyugal viene a ser, en algún sentido, liturgia (Amoris Laetitia 215).

Los esposos participan de la función regia de Cristo

En el bautismo, los cristianos reciben la dignidad real de Cristo (*Catecismo* 784). El reino de Cristo no es de poder o prestigio, sino que es reino de justicia, de amor y de paz. Como bautizados recibimos el don de hacer presente y construir este reino en el mundo. Los casados cumplen este llamado creando una comunidad de amor fecundo, que repercute en la Iglesia y la sociedad. Ahora bien, la fecundidad de los esposos va más allá de la capacidad de tener hijos biológicos, pues se extiende a engendrar hijos de Dios (*Amoris Laetitia* 80-82). Así, la paternidad y la maternidad se convierten en un reflejo de la Paternidad de Dios (cf. Ef 3, 14).

Este don hace que los esposos, con o sin hijos según la carne, puedan ser el inicio de una comunidad fraterna, de una familia más grande. Siendo por vocación una Iglesia doméstica, los esposos están llamados a extender su comunión de amor más allá de las fronteras de su hogar, en comunidades eclesiales, lugares donde se hace presente la gran familia de la Iglesia, reunida en el nombre del Señor y enviada a anunciar el Evangelio.

Los esposos participan del carácter profético de Cristo

Al recibir en el bautismo el don de ser profetas, cada cristiano con su vida puede dar testimonio de que el Reino de los Cielos está cerca. Los esposos viven esta vocación profética porque su unión espiritual, moral, afectiva y sexual hace visible el amor de Dios por los hombres. Por el matrimonio fueron hechos “uno”, a imagen y semejanza de Dios que es Trinidad, comunión entre las personas divinas; con su amor fiel y fecundo, proclaman y encarnan el amor de Cristo hacia la Iglesia.

Esto sucede de dos formas. En primer lugar, la profecía del matrimonio consiste en desvelar la belleza y la profundidad de ser imagen y semejanza de Dios. Los esposos, son como una fotografía de Dios, al ser comunión de personas, iguales en dignidad, pero distintas por su forma de ser. *“La pareja que ama y genera la vida es la verdadera «escultura» viviente capaz de manifestar al Dios creador y salvador” (Amoris Laetitia 11)*. En segundo lugar, los esposos dan testimonio del amor entre Cristo y la Iglesia (*Efesios 5, 32*), lo hacen visible y presente a través de su relación, pues reciben *“la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa” (Familiaris Consortio 17)*.

¡Qué grande es la dignidad del matrimonio! Al mismo tiempo es una realidad humilde y frágil, vivida por personas corrientes con virtudes y defectos, asistidas por la gracia de Dios. Por eso, como nos recuerda el Papa Francisco, *“ninguna familia es una realidad celestial y confeccionada una vez para siempre, sino que requiere una progresiva maduración de su capacidad de amar” (Amoris Laetitia 325)*

Es una misión que transforma interiormente a la familia y se irradia a toda la Iglesia

Al contraer matrimonio, los esposos reciben el don y la misión de constituirse en “Iglesia doméstica”. Como tal, no es una realidad cerrada en sí misma, sino que tiene una dinámica de irradiación, un movimiento centrífugo, expansivo.

El primer campo de misión se da en la relación misma de la pareja de esposos. La primera misión de cada marido es su mujer, y de cada mujer es su marido. Los esposos deben ayudarse en el camino hacia Dios y, acogiendo la diversidad del otro, transformar sus diferencias en fuente de crecimiento y unión.

La misma relación mutua como esposos, amantes y amigos genera un “nosotros” como resultado de que el “yo” y el “tú” se hacen una sola carne. Cada cónyuge, amando al otro, lo hace sentir único y así lo lleva hacia la plena realización de sí mismo.

Esta plenitud no es egoísta, sino que se irradia en la sociedad. De aquí brota el compromiso evangelizador del propio testimonio, pues los esposos están llamados a hacer creíble el amor mediante la caridad con los necesitados y los mil modos que la creatividad del amor sabe descubrir al mirar las necesidades de la sociedad donde viven.

El nombre de “Iglesia doméstica” (*Rom 16, 5*) que desde el comienzo del cristianismo se ha dado a la familia y a la comunidad que se reunía en su casa revela de modo extraordinario su dignidad y su misión de ser lugar privilegiado donde ver reflejado el rostro de la Iglesia, que es hogar, Pueblo, Cuerpo, Esposa. Por ello, como decíamos, la misión del matrimonio es realmente “transversal” en el apostolado de la Iglesia.

Capítulo II

El sacramento del Matrimonio y el carisma del Regnum Christi

Bautismo y matrimonio, dos sacramentos que se relacionan con un carisma

Sin ningún tipo de planeación previa, en diversos lugares del mundo han surgido espontáneamente matrimonios deseosos de vivir su vocación específica y crecer como pareja, iluminados y fortalecidos por el carisma del Regnum Christi, formando equipos y buscando colaborar en la evangelización de modo concreto. Esta situación bien puede considerarse un “signo de los tiempos” (Lc 12, 56).

Ante todo, conviene tener presente que un carisma es un don o gracia que Dios da a una persona para construir su Iglesia. También hay carismas eclesiales, como el del Regnum Christi, que Dios da a la Iglesia como camino concreto para vivir el propio bautismo y alcanzar la vida eterna. Así, para iluminar la relación que existe entre el sacramento del matrimonio y nuestro carisma, conviene iniciar por el sacramento del bautismo, fundamento de todas las gracias sucesivas, y del mismo sacramento del matrimonio para quienes reciben esta vocación.

Pues bien, dado que el Regnum Christi quiere ayudar a vivir las riquezas del propio bautismo, y que el matrimonio se basa en el bautismo, también el matrimonio es destinatario de la riqueza

de nuestro carisma. Por ello, se acoge al matrimonio como una de las vocaciones que hay en su seno, en comunión con las demás formas de vida que componen y enriquecen al Regnum Christi.

Reino de Cristo y vida matrimonial

La finalidad última del Regnum Christi es “dar gloria a Dios y hacer presente el Reino de Cristo en el corazón de los hombres y en la sociedad, por la propia santificación en el estado y condición de vida al que Dios nos ha llamado, y por una acción apostólica personal y comunitaria” (EFRC 7).

¿Qué significa dejar que Cristo “haga presente su Reino” para quienes están casados? ¿De qué modo se realiza en los esposos y cómo pueden acoger este don? Tengamos en cuenta lo que hemos visto en el capítulo anterior, el don específico del matrimonio y la llamada de la familia, “Iglesia doméstica”, a trascender los propios límites, pues el matrimonio es en su esencia un sacramento destinado a la misión, está “ordenado a la salvación de los demás” (*Catecismo* 1534):

La decisión de “casarse en el Señor” contiene también una dimensión misionera, que significa tener en el corazón la disponibilidad a ser intermediario de la bendición de Dios y de la gracia del Señor para todos. En efecto, los esposos cristianos participan como esposos en la misión de la Iglesia. [...] La Iglesia, para ofrecer a todos los dones de la fe, del amor y la esperanza, necesita también de la valiente fidelidad de los esposos a la gracia de su sacramento. El pueblo de Dios necesita de su camino diario en la fe, en el amor y en la esperanza, con todas las alegrías y las fatigas que este camino comporta en un

***matrimonio y en una familia* (Papa Francisco, Audiencia del 6 de mayo de 2015).**

El bautismo configura al creyente como discípulo misionero, es decir, como apóstol. El Regnum Christi quiere ayudar a todos a descubrir y vivir en plenitud esta dimensión de nuestro ser. También los esposos son enviados por Cristo a hacer presente su Reino, “no individualmente”, sino como un “nosotros”.

La presentación del mensaje evangélico no constituye para la Iglesia algo de orden facultativo: está de por medio el deber que le incumbe, por mandato del Señor, con vistas a que los hombres crean y se salven. Sí, este mensaje es necesario. Es único. De ningún modo podría ser reemplazado. No admite indiferencia, ni sincretismo, ni acomodados. Representa la belleza de la Revelación. Lleva consigo una sabiduría que no es de este mundo. Es capaz de suscitar por sí mismo la fe, una fe que tiene su fundamento en la potencia de Dios (cf. 1 Cor. 2, 5). Es la Verdad. Merece que el apóstol le dedique todo su tiempo, todas sus energías y que, si es necesario, le consagre su propia vida (San Pablo VI, Evangelii Nuntiandi 5).

La familia es realmente el futuro de la humanidad porque está situada en esa cascada de amor que brota del seno de la Trinidad y se expresa y comunica por medio de ella a la sociedad.

El carisma del Regnum Christi y la vocación matrimonial se enriquecen mutuamente

El carisma del Regnum Christi es un don para los casados en el sentido de que les ayuda a descubrir su propia identidad de constructores del Reino de Cristo y a cultivar más profundamente su comunión con Cristo, fundamento de la espiritualidad conyugal. Además, mediante la vida de equipo, ofrece a los matrimonios una dimensión comunitaria en la que hacer experiencia del ser Iglesia con otras parejas.

Partiendo de la realidad del Regnum Christi como “familia espiritual y cuerpo apostólico”, el matrimonio aparece junto a otras vocaciones como una diversidad de dones que se complementan y ayudan recíprocamente para edificar la Iglesia. El matrimonio, en particular, aporta de modo luminoso el testimonio del amor de Jesucristo por la unión y caridad entre los miembros de la familia (cf. EFRC 6). Las virtudes características del matrimonio (el amor sin condiciones, la entrega sacrificada, la capacidad de escucha y perdón, la bondad, la paciencia, la comprensión, el servicio, la oración en común...) son un testimonio precioso y una ayuda para las demás vocaciones del Regnum Christi.

Por su parte, el carisma del Regnum Christi ayuda a vivir el don sacramental ofreciendo espacios de comunión y cauces para vivir la dimensión de iglesia doméstica, unida por amor y enviada en misión (cf. EFRC 11).

La misión del Regnum Christi se puede hacer vida en cada matrimonio

El n. 8 de los *Estatutos de la Federación Regnum Christi* habla así de la misión del Regnum Christi: *“Buscamos hacer presente el misterio de Cristo que sale al encuentro de las personas, les revela el amor de su corazón, las reúne y forma como apóstoles, líderes cristianos, las envía y acompaña para que colaboren en la evangelización de los hombres y de la sociedad”*.

¿Cómo se realiza, vive e irradia este ideal en el matrimonio?

- Los esposos hacen presente el misterio de Cristo simplemente por la manera como expresan el amor en su vida cotidiana: *“La familia cristiana edifica el Reino de Dios en la historia mediante esas mismas realidades cotidianas que tocan y distinguen su condición de vida”* (*Familiaris Consortio* 50).

- Este encuentro de Cristo con los esposos cristianos es en cierto modo distinto del de los solteros. El Señor no se encuentra de manera únicamente individual con cada esposo, sino que se acerca a ellos como pareja, pues *“el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio”* (*Gaudium et Spes* 48).

- La presencia de Cristo en la familia tiene la finalidad de revelar a sus miembros, por medio de la entrega de unos por otros que les inspira, el amor de su Corazón y quiere manifestarse al mundo a través de ellos, *“para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con el que Cristo ama a su Iglesia”* (*Amoris Laetitia* 121).

- Cristo, que acoge en torno a sí a sus discípulos, formando una comunidad que es la Iglesia, familia de familias, también reúne entre sí a los esposos y los hace signo de esa gran familia del Señor.

- Jesús forma a los esposos porque desde el sacramento del matrimonio los acompaña de modo muy especial en ese camino de santidad, pues se ha comprometido con ellos de modo indisoluble, con una alianza inquebrantable. A través de la Iglesia que es maestra, los esposos reciben del Señor una enseñanza concreta para hacer de su hogar un lugar privilegiado donde aprender y hacer experiencia del misterio de su amor.

- Los esposos —por su entrega mutua— son enviados por Cristo como luz y testimonio del amor de Dios al entorno en el que viven, donde trabajan, a sus familiares, compañeros de trabajo. Dios no quiere privar ningún espacio humano del testimonio que los esposos dan de su amor y presencia viva en medio del mundo.

En la experiencia de los dos discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35) —podrían incluso tratarse de dos esposos según el parecer de algunos teólogos y biblistas— se evoca este misterio del sacramento del matrimonio: dos personas que se convierten en tres, y el tercero es Jesús que sale al encuentro, que revela el amor de su corazón, que reúne, forma, envía y acompaña a los esposos, especialmente cuando se sienten desalentados, todos los días hasta el final de los tiempos.

Capítulo III

El estilo de vida del Regnum Christi y la vida matrimonial

El Regnum Christi propone a sus miembros vivir un estilo de vida cristiana. Se trata de rasgos que nacen de una espiritualidad, de una mirada a Cristo, y que conforman un camino en la Iglesia para responder al amor de Dios. Este estilo se caracteriza por la adhesión fiel a Cristo y a la Iglesia, la propuesta de un cristianismo dinámico y entusiasta en el amor, que fomenta la comunión en la Iglesia, con un hondo sentido de la misión de ser levadura del Señor en el mundo (*Mt 13, 31-33*).

El miembro laico del Regnum Christi desarrolla este estilo de vida particularmente en cinco ámbitos: la vida espiritual, la formación, el apostolado, el acompañamiento personal y la vida de equipo. En el caso de los matrimonios que forman parte de él, estas cinco dimensiones adquieren características que conviene poner de relieve.

1. La espiritualidad conyugal de un matrimonio del Regnum Christi

El miembro laico del Regnum Christi concibe la vida espiritual como el desarrollo progresivo de la vida trinitaria en él, que lo lleva a configurarse con Cristo. Por eso, la vive como una relación dinámica de amor con Dios que se nutre en los sacramentos, la Palabra, la vida litúrgica, la oración y el ejercicio de las virtudes teologales y morales. La vida espiritual permea y armoniza todos los ámbitos de su vida (Reglamento de los Fieles Asociados 3).

La vida espiritual es un camino de relación viva y vital con Dios que cada cristiano recorre de modo personal. Una espiritualidad ofrece pautas concretas para crecer y madurar en esa relación con Dios, pautas que no limitan sino que potencian dicho camino personal. Así, el Regnum Christi ofrece a sus miembros algunas líneas de espiritualidad (cf. EFRC 6-26), que les invita a interiorizar y vivir en su estado de vida, para llegar más fácilmente a la “medida de la plenitud de Cristo” (Ef 4, 13).

Una espiritualidad auténtica se adapta a las condiciones de la vida y al estado de vida de cada persona, pues todas, sin excepción, pueden y deben aspirar a vivir esta gozosa relación con el Señor. A la luz del magisterio de la Iglesia, queremos proponer algunas orientaciones que pueden fortalecer esta especificidad de la vida espiritual de los esposos.

Es una espiritualidad de comunión: “de a dos”

En el matrimonio, la vida espiritual de cada cónyuge (su fe, su oración, su modo de vivir y experimentar las alegrías y dificultades de cada día, etc.) debe tener presente al otro, porque desde el momento del matrimonio se convierten en “una sola carne” (Gen 2, 24) y aspiran a tener “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32). Por ello, se trata de una espiritualidad “de la relación conyugal”, lo cual no significa que ambos deban hacer las mismas cosas o vivir de la misma manera, sino que el crecimiento de la relación entre los dos es el criterio que debe guiar cada paso de su camino con el Señor.

Los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y para los restantes familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe. Dios los llama a engendrar y a cuidar. Por eso mismo, la familia ha sido siempre el “hospital” más cercano. Curémonos, contengámonos y estimulémonos unos a otros, y vivámoslo como parte de nuestra espiritualidad familiar. La vida en pareja es una participación en la obra fecunda de Dios, y cada uno es para el otro una permanente provocación del Espíritu. El amor de Dios se expresa a través de las palabras vivas y concretas con que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal (Amoris Laetitia 321).

Es una espiritualidad centrada en Cristo

El Regnum Christi propone a quienes se acercan a él una espiritual cristocéntrica. Es decir “se centra ante todo en Jesucristo y nace de la experiencia de su amor. Buscamos responder a nuestro Amigo y Señor con un amor personal, real, apasionado y fiel. Por la acción del Espíritu Santo somos hijos en el Hijo que se convierte en centro, criterio y modelo de la vida. Aprendemos a encontrarnos con él en el Evangelio, en la Eucaristía, en

la cruz y en el prójimo” (EFRC 12). Las personas unidas en matrimonio, al mirar a Cristo, lo ven como el Esposo de la Iglesia, y aprenden de su entrega total e incondicional a los hombres.

Si la familia logra concentrarse en Cristo, él unifica e ilumina toda la vida familiar. Los dolores y las angustias se experimentan en comunión con la cruz del Señor, y el abrazo con él permite sobrellevar los peores momentos. En los días amargos de la familia hay una unión con Jesús abandonado que puede evitar una ruptura. Las familias alcanzan poco a poco, con la gracia del Espíritu Santo, su santidad a través de la vida matrimonial, participando también en el misterio de la cruz de Cristo, que transforma las dificultades y sufrimientos en una ofrenda de amor. Por otra parte, los momentos de gozo, el descanso o la fiesta, y aun la sexualidad, se experimentan como una participación en la vida plena de su Resurrección (Amoris Laetitia 317).

Los esposos están llamados a hacer presente el amor de Jesús, imitándole en su donación mutua como Aquel que ama a la humanidad y a la Iglesia hasta entregarse a sí mismo (cf. Ef 5, 25).

Este camino que los esposos hacen, de conocer y seguir a Cristo Esposo permea lo concreto de las relaciones interpersonales, de los momentos de soledad, de alegría y de dolor, en las circunstancias de salud y enfermedad de cada uno. Todo es ocasión para identificarse con Cristo amante de los hombres, y acompañarlo en los diversos momentos alegres y tristes que marcaron su paso entre nosotros como Redentor.

Es una espiritualidad de oración compartida

La oración implica una insustituible relación personal, de tú a tú, con Dios. Sin embargo, así como para cada cristiano es importante abrirse a la oración litúrgica y comunitaria, también los esposos deben incorporar en sus vidas la oración en pareja y en familia.

Al tratar de modo personal, como un “Tú”, a Cristo el Esposo, marido y mujer aprenden lo que significa ser una “pareja sacramental”, una comunión de personas, un “yo y tú” que se convierte en “nosotros” que dialoga con otro “Tú” que es Cristo.

Por eso, a la vez que cada uno desarrolla una espiritualidad personal, es muy necesario proponerse vivir momentos de oración en pareja. Esta relación con el Señor vivida juntos aumenta la intimidad en el matrimonio, pues alimenta la identidad de la pareja —el “nosotros” — con Jesús. Es importante aprender a ponerse juntos bajo la mirada amorosa de Dios, a mirar en la misma dirección, a contemplar del mismo modo los acontecimientos de la vida con la luz del Espíritu, a enriquecerse mutuamente con la comprensión que cada uno tiene de la Palabra, a dejar que Cristo sane progresivamente las heridas de sus corazones.

Hoy podemos decir también que la Trinidad está presente en el templo de la comunión matrimonial. [...] La presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos. Cuando se vive en familia, allí es difícil fingir y mentir, no podemos mostrar una máscara. Si el amor anima esa autenticidad, el Señor reina allí con su gozo y su paz. La espiritualidad del amor familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos. En esa variedad de dones y de encuentros que maduran la comunión, Dios tiene su morada. Esa entrega asocia a la vez lo humano y lo divino, porque está llena del amor de Dios. Una comu-

nión familiar bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria y de crecimiento místico, un medio para la unión íntima con Dios. [...] Entonces, quienes tienen hondos deseos espirituales no deben sentir que la familia los aleja del crecimiento en la vida del Espíritu, sino que es un camino que el Señor utiliza para llevarles a las cumbres de la unión mística (Amoris Laetitia 314-316).

La Iglesia enseña que hay matrimonios que alcanzan, con una vida ordinaria vivida de modo extraordinario, una gran profundidad mística. La palabra “mística” subraya la acción de Dios, y es cierto que Dios concede con suma generosidad sus dones si encuentra corazones deseosos de recibirlos. Así, los esposos también pueden ser signo de una relación nupcial con Dios, vivida a través de su matrimonio y del cuidado de sus hijos. La intimidad conyugal ocupa un lugar en ese crecimiento en santidad, ya que *“la unión sexual, vivida de modo humano y santificada por el sacramento, es a su vez camino de crecimiento en la vida de gracia de los esposos” (Amoris Laetitia 74).*

Algunas recomendaciones

- El Regnum Christi recomienda calurosamente que marido y mujer, conscientes de encontrarse en una relación vital con Cristo Esposo, busquen momentos concretos y estables —no importa que sean breves— de oración en común y con sus hijos.
- Al mismo tiempo, no se propone a los matrimonios prácticas de piedad específicas para ellos o diversas de las comunes de los miembros laicos. Ellos pueden rezar estas prácticas comunes juntos o individualmente. Más que invitarlos a orar siempre lo mismo y juntos, consideramos que lo importante es la sintonía de los corazones por el crecimiento de cada uno en la fe.

- Es muy recomendable la asistencia en familia a la misa dominical, el tener en la casa un lugar de oración o al menos alguna imagen sagrada, rezar el rosario juntos en algunos días, leer y reflexionar juntos en la palabra de Dios el domingo, etc.
- Los directores de sección han de procurar ofrecer actividades espirituales más intensas que contribuyan a fortalecer la comunión matrimonial, como retiros de medio día, de fin de semana, renovaciones matrimoniales o ejercicios espirituales.

2. La formación en la vida de un matrimonio del Regnum Christi

La formación como un camino de crecimiento

Compartir un espíritu y una misión requiere que la formación de todos considere sus rasgos característicos y sus exigencias. La formación ha de estar orientada de tal modo que nos ayude a descubrir en Cristo el sentido pleno de nuestra vida, a configurarnos con Él y cumplir nuestra misión. La formación debe ser integral, comprendiendo todas las dimensiones de la persona (EFRC 30, 1).

“Apóstol” significa emisario. Por eso el apostolado consiste en “ir de parte de alguien”, concretamente ser enviado por Cristo con una misión. Cristo viene al mundo como el enviado del Padre: “recorría toda Galilea enseñando y proclamando el evangelio del reino, y curando toda enfermedad y toda dolencia” (Mt 4, 23). Él a su vez envía a sus discípulos, confirmándoles que son sal de la tierra y luz del mundo. En la tarde del día de Pascua, derrama sobre ellos el Espíritu Santo y les dice: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20, 21).

Esta dinámica de Cristo, que envía a sus discípulos, se ha repetido ininterrumpidamente a lo largo de la historia de la Iglesia y sucede también hoy. Cada miembro del Regnum Christi, partiendo de su condición de bautizado, es llamado por Cristo y es enviado a dar testimonio de Él, con su vida y acción.

Un hermoso signo de responsabilidad de quien recibe una misión es el interés por formarse mejor para cumplirla. Los esposos se hacen mucho bien en su relación si deciden juntos dedicar algo de tiempo para acudir juntos a momentos de formación.

Cuando hablamos de “formación” entendemos ante todo un camino de configuración creciente y progresiva con Cristo, que toca y transforma todas las dimensiones de la persona, hasta alcanzar lo que San Pablo propone en su carta a los Gálatas: *“Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2, 20). Mucho ayuda en este camino de configuración una comprensión más profunda, convencida y transformante de los misterios de la fe. En el Regnum Christi consideramos que la formación consiste no sólo en conocer mejor los contenidos de la fe, sino que toda la formación se ve en clave misión y se propone ir adquiriendo las virtudes, habilidades y contenidos que facilitan a la gracia de Dios que la persona Regnum Christi pueda testimoniar y anunciar el Reino en el corazón de los hombres y en la sociedad (cf. EFRC 13).

Formación en el caso de los matrimonios

En el caso de los matrimonios, la Iglesia insiste en dos aspectos: (1) formación hacia el sacramento del matrimonio y (2) formación permanente.

El primero es un “itinerario hacia el sacramento del matrimonio” y toca puntos basilares, como la formación para el amor y el

camino hacia la plenitud vocacional, tanto antes del matrimonio (con sus cursos de preparación) como en los primeros años de vida casada.

“El matrimonio no es un punto de llegada: es una vocación, es un camino de santidad que abarca toda la vida de la persona. Además, en virtud de su participación del sacerdocio profético y real de Cristo, los fieles laicos reciben también en el sacramento del matrimonio una misión eclesial específica para la que deben estar preparados y acompañados. Así como la Iglesia se preocupa de preparar mejor a los sacerdotes y a los religiosos para vivir su vocación y su misión, dedicándoles largos años de formación, del mismo modo es deber de la Iglesia preparar adecuadamente a los fieles laicos, que se sienten llamados, a acoger la vocación al matrimonio y a perseverar en ella a lo largo de toda su vida realizando la misión que les es propia” (Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida. Itinerarios catecumenales para la vida matrimonial 7 2022).

El segundo aspecto abarca los medios, instrumentos e itinerarios formativos orientados a ayudar a los esposos a crecer en su identidad y misión como matrimonios: su nueva identidad de pareja, el crecimiento de su relación, la vida de oración, la formación de los hijos, su misión específica de ser testigos del amor de Dios hacia su Iglesia y la llamada al apostolado.

Algunas recomendaciones

El Regnum Christi desea acompañar a cada pareja de esposos en su camino hacia su plenitud tanto de identidad y vocación como de misión. Esto lo hace ayudando a los esposos a profundizar en el sacramento, que les regala la presencia permanente de Cristo a su lado y los une cada vez más estrechamen-

te. Formarse en esta conciencia sacramental y en esta relación conyugal transformada les permitirá ser apóstoles como pareja en el Regnum Christi, a partir del don del uno al otro.

- Corresponde a cada sección o localidad ofrecer medios e instancias acordes a las posibilidades de tiempo de los esposos que les permitan crecer en estas dos dimensiones.

- Estos medios pueden asumir diversas formas, y se estructuran como itinerarios que, a lo largo de un período de tiempo, ofrecen diversos elementos (conferencias, talleres, lecturas, momentos de oración y diálogo personal) ordenados a este fin.

3. El acompañamiento que se ha de ofrecer a los matrimonios del Regnum Christi

La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro. Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana (Evangelii Gaudium 169).

El acompañamiento en el contexto de los matrimonios

El Regnum Christi considera el acompañamiento, entendido como atención personal cercana, estable y marcada por la gratuidad, busca colaborar con la acción que la gracia ya está realizando para que la persona logre responder a las preguntas y retos con que se encuentra en su crecimiento humano y espiritual (cf. EFRC 35).

También los matrimonios que forman parte del Regnum Christi necesitan naturalmente de acompañamiento. Por eso, además de la dirección espiritual individual que se ofrece a cada miembro, es necesario tener momentos periódicos en que la pareja de esposos pueda ahondar en aspectos de su identidad matrimonial como consagrados al Señor, en su misión con los hijos, el trabajo y sus posibilidades de apostolado, todo basado en la espiritualidad conyugal que los sostiene y anima.

Algunas recomendaciones

Cuando se habla de acompañamiento, nos estamos refiriendo a una amplia gama de posibilidades, como pueden ser:

- El primer acompañamiento propio del matrimonio es el de cada uno de los cónyuges con el otro. Unidos por el amor, mirando en la misma dirección, cada uno tiene la posibilidad de ayudar a conocerse, complementar, aconsejar y ofrecer un estímulo para caminar adelante. Algunas herramientas recibidas pueden ser de gran utilidad para vivir en plenitud esta dimensión profundamente conyugal del “caminar juntos”.
- Existe también otra forma de acompañamiento, muy propia de este estado de vida, que es el que realizan unas parejas con otras. La experiencia de vida, unida a una adecuada formación y capacitación, puede hacer que haya matrimonios que logran ayudar a otros a resolver sus problemas y a crecer. El Regnum Christi anima a los miembros casados que sientan la invitación del Señor a prestarse a ayudar a otras parejas.
- Al mismo tiempo el Regnum Christi ofrece también momentos de dirección espiritual en pareja, donde se tocan aspectos de la relación entre los dos. Sea en momentos de necesidad, sea con la intención de crecer a partir de la dimensión espiritual, este momento es diverso de la dirección espiritual individual.

- Ciertas situaciones pueden requerir de la ayuda de un profesional en el campo de la psicología. Es bueno que la sección identifique terapeutas bien orientados que puedan recomendarse a las parejas que lo necesiten.

Todo lo anterior implica un desafío hermoso y exigente: lograr que en cada localidad exista una red de personas que en diversos niveles estén capacitadas en el arte del acompañamiento a matrimonios, conocedores de sus desafíos, anhelos y dificultades, que los puedan ayudar en el camino. Lo importante es dar a las familias los medios que necesitan en su lucha por llevar a plenitud su vocación.

4. El ser apóstoles y la actividad apostólica en la vida matrimonial

La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar (Evangelii Gaudium 273).

Si bien el matrimonio es un destinatario de la misión apostólica de la Iglesia, al mismo tiempo, como hemos repetido una y otra vez, tiene una misión propia y específica dentro de la Iglesia, al servicio de la sociedad. Así, la invitación que recibe cada miembro del Regnum Christi para ser apóstol encuentra en el matrimonio un cauce para potenciarse y hacerse más fecundo.

Llamados a testimoniar el amor

A los ojos de Dios, cada matrimonio y cada familia es un don para toda la Iglesia y para la sociedad. Su misión propia es la de *testimoniar* y *hacer* presente el don del amor incondicional de Dios, que en Cristo se entrega por nosotros (cf. *Amoris Laetitia* 121).

Ser apóstoles y hacer apostolado, como esposos y como familia, implica en primer lugar la llamada a ser testigos de la fidelidad y el amor de Cristo a su Iglesia (*Catecismo* 1647). Así, una familia que se ama hace creíble el amor de Dios por nosotros, pues los esposos cristianos, “*son entre sí reflejos del amor divino que consuela con la palabra, la mirada, la ayuda, la caricia, el abrazo*” (*Amoris Laetitia* 321).

La familia como primera misión

El ámbito natural donde florece y da fruto ese testimonio del amor de Dios es la propia familia. Dios ha querido que cada núcleo familiar sea la primera comunidad evangelizadora y evangelizada donde, formando corazones abiertos y generosos a Dios y a los demás, cada miembro está abierto a hacer una experiencia personal del amor de Cristo.

La familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a sus hijos a rezar y rezan con ellos; cuando los acercan a los sacramentos y los van introduciendo en la vida de la Iglesia; cuando todos se reúnen para leer la Biblia, iluminando la vida familiar a la luz de la fe y alabando a Dios como Padre (Benedicto XVI, homilía del 9 de julio de 2006).

Así, la familia se puede convertir en una escuela de evangelización de cristianos maduros, en la que los hijos aprendan a amar

a Dios, a asimilar y vivir su ley, a ver la vida con ojos de bondad y de esperanza, a valorar al prójimo y a encarnar los verdaderos valores humanos y cristianos.

Un servicio particular al Regnum Christi como familia espiritual y cuerpo apostólico

Hay un ámbito particular donde el servicio de los matrimonios es particularmente relevante. Este ámbito brota de la realidad del Regnum Christi como “familia espiritual y cuerpo apostólico”, en el que las diversas vocaciones se apoyan, sostienen y colaboran, compartiendo un mismo amor y una misma llamada a la misión común.

Así, cada matrimonio que forma parte del Regnum Christi quiere testimoniar una cercanía y preocupación por las vocaciones sacerdotales y consagradas, ofreciéndoles su amistad y acogida sinceras, su apoyo en la perseverancia del camino que han tomado, el calor de la amistad y fraternidad propia de todo hogar y el consejo fraterno cuando los vean necesitados. Al mismo tiempo, las personas consagradas cuidan y acompañan a los miembros laicos, conscientes de formar con ellos una gran familia nacida del Corazón de Cristo.

Así, cada vocación confirma a las demás con su riqueza propia y su testimonio, y es un pequeño reflejo de la Iglesia.

Enviados a la misión, sirviendo la comunión

Además de estas dos dimensiones fundamentales —el testimonio y la familia— los esposos y las familias están llamadas también a tener un papel crucial en la tarea de la evangelización de la Iglesia al servicio de la humanidad. Al ser Iglesia doméstica, cada familia vive en sí, de modo oculto y silencioso, lo que

hace la Iglesia entera con su oración, su servicio, su enseñanza y predicación. La familia se convierte en *“un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde este se irradia”* (*Evangelii Nuntiandi* 71). O, en palabras de San Juan Pablo II, *“no sólo reciben el amor de Cristo, convirtiéndose en comunidad salvada, sino que están también llamados a transmitir a los hermanos el mismo amor de Cristo, haciéndose así comunidad salvadora”* (*Familiaris Consortio* 49).

Como Iglesia doméstica que es, debe asumir con entusiasmo la actitud vital en salida a la que el Papa Francisco nos convoca: *“todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”* (*Evangelii gaudium* 20).

En su identidad como Iglesia doméstica, por su ejemplo de vida y por su acción evangelizadora, el matrimonio se transforma, con la gracia de Dios, es un bien para toda la Iglesia por la complementariedad entre las vocaciones.

Es un bien para los jóvenes, que ven ejemplos concretos, cercanos y atractivos de lo que significa ver la vida como don de sí, y de lo que es el amor “para siempre”. Esto les permite proyectarse de la misma manera hacia su futuro superando los egoísmos y caminos equivocados que el mundo también les ofrece.

Es un bien para los sacerdotes y las almas consagradas y contemplativas, para quienes el testimonio de donación total de los esposos es un ejemplo de cómo amar a la Iglesia Esposa de Cristo. El don de la virginidad y el don del matrimonio nos muestran dos formas complementarias de expresión del amor de Dios, una mediante una pertenencia total a Dios como la que se dará en el cielo, otra mostrando sacramentalmente ese amor por la atracción que los esposos experimentan entre sí, la fecundidad y la capacidad de santificar las realidades temporales.

Es un bien para los separados o divorciados, porque los esposos que viven la indisolubilidad natural del matrimonio se convierten, tanto para las parejas heridas, como para los divorciados vueltos a casar, en un don y una lámpara encendida que les recuerda que Dios es amor, Dios es fiel y nunca los abandonará.

Es un bien para los solteros. El testimonio de un matrimonio es un aliciente para que ellos puedan comprender que la vida sólo tiene sentido como entrega de sí a partir de la consciencia de ser hijos amados.

Finalmente, es un bien también para los no creyentes, pues en el matrimonio cristiano la presencia del Señor Jesús otorga una serenidad, fortaleza, paz y alegría que resulta sumamente atractiva. Los esposos, con el don de la indisolubilidad, comparten el amor inquebrantable de Dios por la humanidad, de Cristo por la Iglesia. Así, la sencilla promesa de fidelidad de un matrimonio abre un espacio de gracia, por el que Dios manifiesta su amor indisoluble.

Algunas recomendaciones

Además de los ámbitos fundamentales de misión mencionados precedentemente, que nacen de la identidad matrimonial, hay campos de apostolado en los que los matrimonios del Regnum Christi pueden realizar un gran servicio, como son, entre otros, los siguientes:

- El aprecio por las vocaciones sacerdotales y consagradas, mediante la amistad y acogida que les ofrecen, su apoyo en la perseverancia, el calor de la amistad propia de todo hogar, y el consejo fraterno.
- La formación de los adolescentes y jóvenes en el sentido y valor del amor auténtico.

- La formación y acompañamiento de parejas, desde el noviazgo hasta las diversas etapas del matrimonio, por ejemplo dirigiendo equipos de perseverancia de matrimonios del Regnum Christi.
- El impulso de apostolados dedicados a la promover la cultura de la vida y la familia, la evangelización y especialmente aquellos en los que como grupo familiar salen al paso de las personas necesitadas.

5. La vida de equipo de los matrimonios del Regnum Christi

La vida de equipo en el contexto de los matrimonios.

El equipo es la comunidad básica que dinamiza la vida en el Regnum Christi, donde aprendemos a hacer presente el Reino. En esta comunidad de fe los miembros crecen en la fraternidad propia del carisma, se juntan para orar, para la misión, y se apoyan mutuamente día a día en su camino de santidad.

En los equipos de adultos es natural que muchos miembros estén casados y estén llamados a santificarse en su estado y condición de vida como esposos (EFRC 7). El Regnum Christi también les ofrece la posibilidad formar pequeñas comunidades junto a otros matrimonios donde se puedan acompañar, apoyar y proyectar en esta dimensión específica de su vocación. Estos equipos de matrimonios, a imitación de las primeras comunidades cristianas, pueden vivir una auténtica caridad y fraternidad entre ellos, extensible también a sus familias, auténticas iglesias domésticas donde hacer presente el Reino de Cristo.

Estos equipos pueden ser especialmente relevantes durante los primeros años de matrimonio, donde la formación y acompañamiento son de gran ayuda para descubrir la riqueza del sacramento que han recibido y proyectar su vocación y misión, iluminados por el carisma del Regnum Christi.

Algunas sugerencias de aplicación

- Así como sucede con los demás equipos que surgen en el Regnum Christi, el “*Encuentro con Cristo*” es una actividad central para los equipos de matrimonios. La dinámica propia de esta actividad está marcada por la lectura orante de la Palabra y por el discernimiento apostólico de la realidad que les rodea, todo ello enriquecido con el don recibido con el matrimonio ([El Encuentro con Cristo en la vida del Regnum Christi](#)). Esta actividad, abierta a la escucha al Espíritu Santo y donde se comparten experiencias de vida con otros matrimonios, es una gran ayuda para proyectarse en su misión de apóstoles del matrimonio y la familia.

- Los equipos deben contar con un matrimonio responsable, que anime, cuide y acompañe a los demás. Los matrimonios responsables necesitan a su vez una formación adecuada y un acompañamiento especial.

- Partiendo de la definición de la sección como “un conjunto de equipos” (RFA 14), existen diversas posibilidades de organizar a los equipos de matrimonios que vayan surgiendo, procurando siempre que sean debidamente acompañados y se inserten en la vida y misión de la localidad. Por ello, de acuerdo con el número de equipos, pueden integrarse en las secciones de adultos ya existentes de la localidad o bien formar una sección aparte. Corresponderá a la instancia territorial determinar lo que sea más oportuno en cada caso, según las recomendaciones del director local y los directores de sección.

- También pueden surgir, dentro de la vida de una sección o localidad, equipos de matrimonios que, sin pertenecer al Regnum Christi, se reúnen periódicamente para compartir su fe y experimentan algún interés por algunos aspectos del carisma o por los medios que ofrece para su crecimiento. También a ellos, en la medida de lo posible, se les ha de ofrecer apoyo y acompañamiento, ayudándoles a vivir en plenitud su vocación bautismal y matrimonial, de acuerdo con el carisma que hemos recibido, y que seguramente alguno de ellos se sentirá llamado a acoger.

Oración a la Sagrada Familia

Jesús, María y José
en vosotros contemplamos
el esplendor del verdadero amor,
a vosotros, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret,
haz también de nuestras familias
lugar de comunión y cenáculo de oración,
auténticas escuelas del Evangelio
y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,
que nunca más haya en las familias episodios
de violencia, de cerrazón y división;
que quien haya sido herido o escandalizado
sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,
haz tomar conciencia a todos
del carácter sagrado e inviolable de la familia,
de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José,
escuchad, acoged nuestra súplica.

Amén.

(Papa Francisco, conclusión de la Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*)

